subido, que se había elevado con esta torre para atestiguar su fe á través de las edades, allá arriba, muy cerca de Dios.

A veces, le encantaba aun otra visión más. Creía ver el interior de su iglesia el día de la primera misa solemne que celebraría allí. Las vidrieras de las ventanas arrojaban fuego como pedrerías, las capillas de los bajo costados irradiaban de cirios.

El se hallaba en el altar mayor de mármol y oro, y las catorce columnas de la nave, de mármol de los Pirineos, magníficos regalos de los cuatro ángulos de la cristiandad, se levantaban soportando la bóveda, que las voces sordas de los órganos llenaban de un canto de alegría. Un pueblo de fieles se prensaba allí, arrodillado sobre las losas, en frente del coro precedido de una ligera reja parecida á un encaje, rodeada de admirable ensambladura esculpida. El púlpito, regio donativo de una gran señora, era una maravilla de arte, y de pleno roble. Las fuentes bautismales habían sido talladas en la dura piedra, por un artista de gran talento. Cuadros de maestros adornaban las murallas; cruces, copones, preciosos viriles y vestimentas sagradas parecidas á soles, se amontonaban en el fondo de los cajones de la sacristía.

¡Y qué sueño ser el Pontífice de semejante templo, reinar en él después de haberle edificado con pasión, bendecir allí á las muchedumbres que llegarían de toda la tierra, mientras que las sonoras campanas de la torre irían á decir á la Gruta y á la Basílica que ellas tenían allá abajo, en el viejo Lourdes, una rival, una hermana victoriosa, en la cual también triunfaba Dios!

Después de haber seguido un instante la calle de San Pedro, el doctor Chassaigne y su acompañante volvieron á la pequeña calle de Langelle.

—Ya llegamos—dijo el doctor.

Pero Pedro no veía señal ninguna de iglesia. Allí no había sino miserables casuchas, todo un barrio de arrabal pobre, obstruído de leprosas construcciones. Por fin, vió en el fondo de un callejón sin salida, un lienzo de la vieja empalizada, medio podrido, que rodeaba todavía el vasto terreno cuadrado comprendido entre las calles de San Pedro, de Baquières, de Langelle y de los Jardines.

—Es preciso volver á la izquierda—repitió el doctor que había entrado en un estrecho pasillo entre los escombros. Hénos ya.

Y la ruina apareció repentinamente, en medio de las fealdades y miserias que la cubrían.

Todo el poderoso armazón de la nave, de los bajo costados y la ábside, se hallaban de pie.

Los muros se levantaban en todas partes hasta el nacimiento de las bóvedas. Se entraba allí como en una verdadera iglesia, se podía pasear con facilidad y reconocer los sitios acostumbrados. Solamente, cuando se levantaban los ojos, se veía el cielo: faltaban los techados; la lluvia

caía y el viento soplaba libremente. Quince años hacía que los trabajos estaban abandonados; las cosas quedaron en el estado que las dejó el último albañil.

Lo que primeramente llamaba la atención, eran los diez pilares de la nave y los cuatro del coro, esos magníficos pilares de mármol de los Pirineos, de un sólo bloque, que habían sido recubiertos de una camisa de tablas para protegerlos contra todo estrago. Las bases y los chapiteles, aún en bruto, esperaban á los escultores. Y esas columnas aisladas, revestidas de madera, tenían gran tristeza.

Además, subía una melancolía del abierto recinto, de la hierba que cubría el suelo destruído, los costados y la nave, una abundante hierba de cementerio, á través de la cual las mujeres de la vecindad acabaron por trazar senderos. Allí entraban á tender sus coladas. Todo un lavado de pobre: gruesas sábanas, camisas hechas girones; pañales de niños acaban precisamente de secarse allí á los últimos rayos del sol, que penetraban por las anchas ventanas.

Lentamente, sin hablar, Pedro y el doctor Chassaigne dieron la vuelta por el interior. Las diez capillas de los bajos costados formaban especies de compartimientos llenos de escombros y ruinas. Habíase cimentado el suelo del coro para protegerle, sin duda, de las filtraciones de abajo; desdichadamente, las bóvedas debían pronto caer amontonadas; existía allí una depresión, que la lluvia de la noche anterior había convertido en un pequeño lago. Por lo demás, esas partes de la ábside eran las que menos habían sufrido. Ni una piedra se movía; los grandes rosetones centrales, encima del triforium, parecían esperar sus vidrieras; mientras que los maderos olvidados en lo alto de los muros del ábside, hubieran podido hacer creer que se iba á empezar á cubrirla al día siguiente.

Pero cuando volvieron sobre sus pasos y salieron para ver la fachada, se mostró el lamentable peligro de esta ruína.

Por este lado habían adelantado mucho menos los trabajos; sólo estaba construído el pórtico de triple bovedilla, y quince años bastaron á los inviernos para carcomer las esculturas y las columnatas en un trabajo de destrucción verdaderamente singular, como si la piedra, carcomida profundamente, destruída, se hubiese fundido bajo lágrimas. El coro se ocultaba á la vista de esta destrucción que atacaba á la obra, hasta que fuese terminada. ¡No ser todavía y ya desmenuzarse así, bajo el cielo, inmovilizarse en su creencia de colosal gigante para sembrar de hierba los escombros!

Entraron en la nave, y encontraron allí la horrible tristeza de este asesinato de un monumento.

El vasto terreno, indeterminado en el interior, estaba obstruído, por las ruínas del andamiaje que había sido necesario derribar podrido casi, por lemor de que en su caída aplastase el mundo; y había por todas

partes, en medio de las altas hierbas, bordas, bolinas, cimbras, mezcladas con manojos de viejas cuerdas que la humedad concluía de destruir. Tambien había allí el delgado armazón de una cábria levantándose como una potencia. Mangos de pala, pedazos rotos de carretones, estaban tirados por el suelo, olvidados, junto á montones de ladrillos verdosos, cubiertos de musgo, donde florecían las campanillas. Bajo las ortigas, se distinguía la vía colocada para el acarreo, y en un ángulo yacía una vagoneta volcada.

Pero la gran melancolía de esta muerte de las cosas, era sobre todo el locomóvil, bajo el cobertizo que le abrigaba. Hacía quince años que estaba allí, enfriado, muerto. El cobertizo acabó por hundirse sobre él, y anchos agujeros permitían á la lluvia mojarle á cada chubasco. Un extremo de la correa de trasmisión que movía la cábria, colgaba, parecía harle, semejante á un hilo de gigante araña. Y sus aceros y sus cobres se pudrían también, como enmohecidos de liquen, recubiertos de una vegetación de vejez, y cuyas placas amarillentas hacían de él una especie de máquina muy vieja, cubierta de hierba, que los inviernos habían descarnado.

Esta máquina muerta, fría, con el hogar apagado y la caldera muda, era el alma misma del trabajo que se había ido en la vana espera del gran corazón caritativo, cuya llegada, á través de los espinos y escaramujos, debía despertar á la Iglesia de su pesado sueño de ruina.

El doctor Chassaigne habló por fin.

—¡Ah,—dijo,—cuando se considera que habrían bastado 50,000 francos para impedir tal desastre! Con 50.000 francos se podía cubrir, estaba salvado el cuerpo de obra, y podía esperarse todo el tiempo que se quisiera... Pero querían matar la obra como mataron al hombre.

Con un gesto designó allá abajo, á los padres de la Gruta, que evitaba nombrar.

—¡Y decir que tienen ingresos anuales de 900.000 francos! Prefieren enviar regalos á Roma, para mantener amistades poderosas.

A pesar suyo, volvía de nuevo á hablar contra los adversarios del cura Peyramale. Toda esta historia la producía una santa cólera de justicia. Enfrente de la ruína lamentable, reproducía los hechos, el cura entusiasta lanzándose á la construcción de su iglesia, entrampándose, dejándose robar, mientras que el padre Sempé, en acecho, aprovechábase de todas sue fáltas, le desacreditaba ante el obispo, acabando por agotar las limosnas y por hacer detener los trabajos. Luego, despues de la muerte del vencido, venían los interminables procesos, quince años de pleitos que dieron tiempo bastante á los inviernos para destruir la obra. Y ahora, se hallaba ésta en un estado tan lastimero, ascendía la deuda á una cifra tan elevada, que todo parecía haber concluído. La muerte lenta, la muerte de las piedras se acababa. Bajo su hundido cobertizo, el locomovil caería en girones, azotado por la lluvia, corroído por el musgo.

—Bien sé que cantan victoria, que nadie hay allí sino ellos; y era lo que deseaban: ser los dueños absolutos, guardar para sí todo el dinero-.. Y diré á usted que su terror á la competencia, les ha llevado á alejar de Lourdes á cuantas órdenes religiosas han intentado venir. Las jesuítas, los domínicos, los benedictinos, los capuchinos, los carmelitas, todos lo han solicitado, pero siempre los padres de la Gruta han conseguido evitarlo. No permiten sino las órdenes de mujeres; no quieren más que un rebaño... Y así, la vida les pertenece; tienen allí su tienda y en ella venden á Dios al por mayor y al detalle.

A pasos lentos, había llegado en medio de la nave, entre los escombros. Con un gesto mostró la devastación que les rodeaba.

—Vea usted esta tristeza, horrible míseria... Allá abajo, el Rosario y la Basílica, les han costado más de tres millones.

Pedro, entonces, lo mismo que en la negra y fría cámara de Bernadette, vió levantarse la Basílica, radiosa en su triunfo. No era aquí donde se realizaba el sueño del cura Peyramale, oficiando, bendiciendo á las muchedumbres arrodilladas, mientras que los órganos resonaban de alegría. La Basílica surgía allá abajo, aturdiendo con el volteo de sus campanas, resonando con la sobreheman alegría de un milagro, resplandeciente de llamas, con sus banderas, sus lámparas, sus corazones de oro y plata; su clerecía de oro y su viril semejante á un astro de oro. Llameaba á los rayos del sol poniente, tocaba el cielo con su torre, acompañada por el vuelo de millares de oraciones que hacían extremecer las paredes.

Aquí, la iglesia muerta antes de nacer, la iglesia en entredicho por un mandamiento del obispo, caía convertida en polvo, abierta á los cuatro vientos.

Cada chubasco quitaba un poco de las piedras; grandes moscas zumbaban solas sobre las ortigas que habían invadido la nave; y no había allí más devotos que las mujeres de la vecindad recogiendo su pobre ropa tendida sobre la hierba.

En medio del profundo silencio, parecía sollozar una voz sorda, tal vez la voz de las columnas de mármol, llorando su inútil lujo, bajo sus camisas de tablas. A veces, las aves atravesaban el ábside desierta, lanzando un pequeño grito. Bandadas de enormes ratas, refugiadas bajo las piezas del derribado andamiaje, se mordían y retozaban fuera de sus agujeros, en un espantoso galope. No había nada tan angustioso y desesperante como esta querida ruína, en frente de su triunfante rival, de la Basílica radiante de oro.

De nuevo el doctor Chassaigne dijo sencillamente:

—Venga usted.

Salieron de la iglesia, siguieron el bajocostado de la izquierda, llegaron ante una puerta, hecha groseramente con algunas tablas cuadradas; y cuando hubieron descendido una escalera de madera, medio rota, cuyos escalones vacilaban bajo sus pies, encontráronse en la cripta.

Era ésta una sala baja, de bóvedas aplastadas, que reproducía exactamente las disposiciones del coro. Las rechonchas columnas, dejadas en bruto, esperaban también sus escultores. Los materiales, tirados por el suelo; las maderas acababan de pudrirse sobre la tierra removida; toda la vasta sala estaba blanqueada de yeso, en el triste abandono de las obras que no se terminan.

En el fondo, tres ventanas, antiguamente con vidrieras, y de las cuales no quedaba más que un cristal, iluminaban con una gran luz fría la desolada desnudez de los muros.

Y allí, en medio, dormía el cuerpo del cura Peyramale. Varios fervientes amigos tuvieron la afectuosa idea de enterrarle así, en la cripta de su iglesia inconclusa.

La tumba era toda de mármol, sobre un ancho escalón. Las inscripciones, en letras de oro, decían el pensamiento de los suscriptores, el grito de verdad y de reparación que salía del monumento.

En el fondo se leía: «Piadosos óbolos llegados de todo el universo, han elevado este sepulcro á la bendita memoria del gran servidor de Nuestra Señora de Lourdes.»

A la derecha, se leían estas palabras de un buleto apostólico de Pío IX: «Os habéis dedicado enteramente á edificar un templo á la Madre de Dios.»

A la izquierda, veíase esta frase del Evangelio: «Dichosos aquellos que sufren persecución por la justicia.»

¿No era esto precisamente la queja verídica, la esperanza legítima del vencido, que tanto tiempo combatió con el único deseo de ejecutar estrictamente las órdenes de la Vírgen que Bernadette le había transmitido?

Y allí se hallaba Nuestra Señora de Lourdes, una delgada estátua, colocada encima de la inscripción fúnebre, contra la gran muralla desnuda, tan sólo adornada por algunas coronas de aljófar pendientes de clavos. Y ante el sepulcro, lo mismo que ante la Gruta, estaban alineados cinco ó seis bancos para los fieles que quisiesen sentarse.

Con un nuevo gesto de conmovida piedad, el doctor Chassaigne, silenciosamente, mostró á Pedro una enorme mancha de humedad, que verdeaba el muro del fondo.

Pedro se acordó del pequeño lago que había notado arriba, en el cimento desunido del coro, unamontón de agua dejado por la lluvia de la noche precedente. Evidentémente, se producían infiltraciones, corría abajo una verdadera fuente, invadiendo la cripta en tiempo de grandes lluvias.

Los dos sintieron oprimido el corazón, cuando vieron que el agua seguía la bóveda en delgados hilos, y caía en gotas grandes, regulares, cadenciosas, sobre el sepulcro.

—El doctor no pudo contener un gemido.

—Ahora llueve; llueve sobre él.

Pedro seguía inmóvil, en una especie de sagrado terror. Bajo este agua que caía bajo los golpes de viento que debían entrar en invierno por los cristales rotos de las ventanas, este muerto le pareció lamentable y trágico. Adquiría terrible grandeza, completamente solo en su rico sepulcro de mármol, en medio de los escombros, en el fondo de las ruínas desplomadas de su iglesia. Era el guardián solitario, el muerto adormecido y pensativo que custodiaba allí los espacios vacíos abiertos á todas las aves nocturnas. Era la protesta muda, obstinada, eterna; era la esperanza. Acostado en su ataúd, teniendo la eternidad para tomar paciencia, esperaba allí sin laxitud, á los obreros quo volverían tal vez una bella mañana de Abril. Si transcurrían diez años, él estaría allí; si transcurría un siglo, allí estaría aún. Esperaba que los andamiajes podridos allá arriba, entre la hierba de la nave, resucitasen como los muertos, prodigiosamente, de pie á lo largo de los muros.

Esperaba que el locomovil, encedido de pronto, encontrase de nuevo alientos para levantar las armaduras del techo. Su obra amada, su gigante construcción se desplomaba sobre su cabeza, y él con las manos unidas, los ojos cerrados, custodiaba los escombros y aguardaba.

A media voz, acabó el doctor la cruel historia. Cómo después de haber perseguido al cura Peyramale y á su obra, se perseguía también á su sepolcro.

Antiguamente había allí un busto del cura, ante el cual algunas manos devotas mantenían la pequeña luz de una lámpara. Pero había caído con la cara en tierra una mujer, diciendo que veía el alma del difunto; los padres de la Gruta se conmovieron. ¿Es que iban á producirse los milagros? Ya los enfermos pasaban días enteros sentados en los bancos, ante el sepulcro. Otros se arrodillaban, besaban el mármol implorando su curación. Y esto produjo gran terror: ¡si sanasen, si la Gruta tuviese una competencia en este martir, acostado completamente solo, en medio de las viejas herramientas abandonadas por los albañiles!...

Prevenido de ello el obispo de Tarbes, trabajó, publicó el mandamiento que entredecía la iglesia, prohibiendo todo culto, toda peregrinación y procesión al sepulcro del antiguo cura de Lourdes.

Lo mismo que para Bernadette, su recuerdo estaba proscrito, su imagen no se encontraba oficialmente en ninguna parte. Así como se habían encarnizado contra el hombre vivo, se encarnizaban los padres contra la memoria del gran muerto. Le persiguían hasta en la tumba.

Ellos tan solos, hoy día, impedían aún que los trabajos de la iglesia comenzasen de nuevo, creando continuos obstáculos y rehusando compartir su rica parte de limosnas. Esperaban que las lluvias de los inviernos cayesen y acabasen la obra de destrucción; que la bóveda, los muros, toda la gigante construcción se desplomase sobre el sepulcro de mármol, sobre el cuerpo del vencido; que éste fuese sepultado, pulverizado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

—¡Ah—murmuró el doctor,—yo que le he conocido tan valiente, tan entusiasta, de tan nobles acciones! Ahora, ya lo ve usted, llueve, llueve sobre él. Penosamente se arrodilló apoyándose en una larga piedra.

Pedro, que no podía rogar seguía de pie. Una emoción humana se desbordaba de su corazón. Escuchaba las pequeñas gotas de la bóveda estrellarse una á una sobre el sepulcro, en un ritmo lento, que parecía contar los segundos de la eternidad en medio de aquel profundo silencio. Pensaba en la eterna miseria del mundo, en esta elección del sufrimiento hiriendo siempre á los mejores.

Los dos grandes obreros de Nuestra Señora de Lourdes, Bernadette y el cura Peyramale revivían ante él, como víctimas lastimosas, torturadas durante su vida y desterradas después de su muerte.

Seguramente que esto hubiera acabado de matar en él la fe. Porque la Bernadette que acababa de encontrar al cabo de su investigación, no era más que una hermana humana, cargada de todos los dolores. Pero Pedro, no guardaba menos para ella un culto de fraternal ternura; y dos lentas lágrimas corrieron por sus mejillas.

JORNADA QUINTA

I.

Aquella noche, en el hotel de las Apariciones, tampoco pudo Pedro cerrar los ojos. Después de haber pasado por el Hospital para adquirir noticias de María, que dormía con un sueño profundo de niño, delicioso y reparador, desde su regreso de la procesión, se acostó él también inquieto de no haber visto reaparecer al Sr. de Guersaint. Le aguardaba lo más tarde para la hora de la comida; sin duda le había retenido en Gavarnie algún accidente; y Pedro pensaba en el tormento de la joven si su padre no iba á abrazarla á la mañana siguiente. Con este hombre tan distraído, de cerebro de pájaro, eran posibles todos los temores.

Tal vez esta inquietud hubiera bastado, desde luego, para tener á Pedro despierto, á pesar de su gran fatiga. Pero después, el nocturno zipizape del hotel había verdaderamente tomado proporciones intolerables. Al día siguiente, martes, era el día de la partida, el último día que la peregrinación nacional debía pasar en Lourdes, y sin duda, los peregrinos aprovechaban ansiosamente las horas, llegaban de la Gruta y volvían á ella en plena noche; trataban de violentar el cielo por su agitación, sin sentir necesidad alguna de descanso.

Las puertas golpeaban, los techos temblaban, la casa entera vibraba como bajo el desordenado galope de una muchedumbre. Jamás habían resonado en las paredes toses tan pertinaces, voces tan grandes é indistintas. Y Pedro, poseído por el insomnio, se volvía sobresaltado, se levantaba, creyendo á cada momento que era el Sr. de Guersaint qu regresaba.